

CELEBRACIÓN DE LA PALABRA Y EL LIBRO

RAFAEL PÉREZ ESTRADA

LA palabra surge cuando en el silencio de la noche un hombre imita a un papagayo.

Hay palabras salvajes, como los vidrios que subrayan la propiedad en los antiguos predios. Son palabras terribles nacidas para el olvido.

Las hay hermosas y esplendentes, como el brillo de esos cristales abandonados a la orilla del mar.

También las hay, que, sin ser góticas, recuerdan las encendidas vidrieras de algunas catedrales.

Otras vienen envueltas en la niebla que entorna la melancolía. Éstas nacen en la soledad infinita de los puertos del sur.

Conocí a un lingüista que también era un habilidoso prestidigitador. Una tarde, mi amigo, entre pétalos de rouge y vahos de martinis, sorprende al auditorio sacándolo de su chistera tres letras: A. V. E. ¡Vuela! —dice el mago— y a las letras, ya aves, les nacen alas.

Se acunan las palabras en los libros, se hacen tacto y sorpresa; hijas de otras palabras son engendradoras de nuevos verbos.

Evidentemente la finura del libro exige su celebración, por ello me gustaría deshacer ahora este canto a las palabras:

Llegó a conseguir palabras bellísimas; palabras de nadie conocidas, sonidos tropicales, tonos frágiles, significados equívocos, de asonancias inesperadas, de ritmos únicos; palabras crípticas y hermenéuticas, palabras abiertas como la claridad del alba, fonotemas nocturnos, sintagmas rutilantes, verbos del amanecer, adjetivos marinos, superlativos desesperados, expresiones terribles y vocales transparentes.

Algunas sólo se habían pronunciado una vez, otras permanecían tímidas y secretas. Las iba guardando en una caja de cristal, temeroso siempre del pececillo depredador de lo lingüístico. Las conservaba con esmero, y los días de fiesta, sólo los días de fiesta, las enseñaba ilusionado a los vecinos. Cuando se aseguraba de tener una repetida la cambiaba con gran beneficio, pues era un experto en estas cosas, y un negociante sin escrúpulos.

* * *

Una amable muchacha, pelirroja y norteamericana, Philadelphia O'Sullivan, en el fervor de lo poético, ha declarado: primero es la palabra, después la rosa. Sin embargo, esta misma muchacha nos previene del riesgo que hay en ellas. Cuidado —dice— pues tras su belleza ocultan el poder de sus trampas. En ocasiones, el tigre bengalí de los sueños borgianos nos acecha escondido en la simplicidad de una palabra; otras, es el saurio mítico y cinematográfico de Fu Man Chú el que implacable nos amenaza.

A esta ensoñadora lingüista le debemos una afirmación heroica, casi un dogma, pues en el delirio de las ciencias ha sido capaz de proponer, frente a la ley casposa y decadente de la gravedad, la Ley luminosa y segura de la Poesía.

Anima pensar que una declaración de este género haya tenido tal predicamento en el mundo intelectual anglosajón, que un extraño sociólogo americano, William Adams, ha sugerido un método (afortunadamente inocuo) de desintoxicación literaria. Mas este mismo Adams, en el delirio y la confusión especulativa a que es proclive, ha declarado: las palabras crean hábito.

Y también diría que las palabras invitan a la imaginación y al vuelo, que recogidas en libros nos trascienden, nos liberan de las sevicias de la ociosidad.

En un texto mío recién publicado y que se acoge a un hermoso título bíblico para ellos, los libros, estas brevedades que, reunidas, he llamado prólogos.

En el primero, trato de las ensoñaciones que suelen provocar:

«La Emperatriz viuda ocultaba en una caja de palisandro un libro que nunca osó leer; aquella obra era un tratado de los ríos y cascadas, y la Emperatriz, que concebía la literatura como algo práctico y sumamente real, estaba convencida de que al abrir sus páginas el reino entero perecería bajo una terrible inundación».

En éste, digo de cuantas falacias pueden provenir de las lecturas torpes, y también de la soberbia que sigue de una aplicación errónea en el leer:

«El general Yang, avergonzado de sus triunfos bélicos, escribió en los años de senectud una crónica que era la suma y acumulación de las historias de todas sus víctimas, y llamó a este texto: «La carga de los héroes ante lo mezquino». Tras el biombo, se ha comentado que Yang sólo pretendía con su escrito aproximarse nuevamente a la barbarie de sus gestas, mas de tal modo que en ello lograrse también fama».

Aquí, definiendo —aunque pueda parecer lo contrario— su poder:

«El tirano Edmón de Évora fue asesinado por la virtud de un libro cuyos dichos y palabras eran venenosos. Se dice que esta obra fue concebida por un guerrero ciego, exigente en su juventud en el arte de la cetrería, y muy hábil en la ancianidad en la estrategia de la guerra de emboscada. También era este libro un tratado de horóscopos y astrología».

Ahora, aludo a la capacidad de ser infiel incluso a ellos mismos:

«En el año 1976 leyó la hermosa página de *Los emigrantes* de William Frank, en la que llueven todas las nostalgias de la primavera sobre el Condado de Lancaster. Siete años después, buscando en este libro repetir aquella sensación, su sorpresa fue que, en el mismo punto del relato, ninguna referencia se hacía a la tristeza de la lluvia, en tanto que, por el contrario, allí se describía el atardecer agobiante de siesta y cansancio de un día de verano, sin que por lo demás variase el aspecto literario del libro».

Y aquí, hablo de su tendencia a lo infinito; y de otra manera, de cómo, libro, sueño y espejo son una misma cosa:

«Es fama en el siglo XVIII inglés que mister Lois Walker, en sueños, concibió un libro que escribió también en sueños.

Cincuenta años más tarde, dice Ellen Bouvier haber conocido a un individuo que se quejaba de que sus ensoñaciones estaban únicamente dedicadas a leer el libro soñado por Lois Walker».

* * *

En una falacia, que por ser de un extraño poeta tiene la fuerza de lo sorprendente, Leopoldo María Panero ha dicho: «El Estado empieza cuando aparece la escritura».

Yo proclamo aquí, y en esta tarde, la inocencia de la palabra escrita, porque está en el orden de las cosas que no tienen sombra.

Borges, única cita inevitable en estas cuestiones, ha creado un mundo que nuevamente participa del espejo cuando quiere referirse al libro. El libro renueva su contenido para cada lector, y en cada momento de lectura pretende ser otro.

A veces, el poder de un libro está en su misma infidelidad:

Entusiasta de la tipografía y de las ediciones extraordinarias, el amante copia en el cuerpo de la amada *La divina Comedia*, y lo hace con la crueldad de un tatuaje y la triste obstinación del miniaturista, y sueña en ella una Beatriz imposible.

El libro es como la caja de un coleccionista que hubiera cambiado lepidópteros por palabras.

Las palabras, en los libros, están como pequeñas mariposas e insectos de colores imposibles sujetos al alfiler de la tinta.

En un arrebato surreal me atrevería a proponer: ¡No hay corbata de seda más hermosa que un libro! Evidentemente esta propuesta sólo puede ser útil para quienes amamos las corbatas de seda.

He visto un libro de páginas dolorosas y transverberadas. En su centro, la huella de un disparo deshacía el sentido de su escritura. Supe la historia de este libro: páginas de guerra componían su argumento, y ahora también él era una baja.

Un joven amable, lívido, con la dignidad y abandono de un vencido en combate, cruzaba los brazos sobre el pecho para proteger un libro que también era cautivo.

En aquella ocasión, lágrimas de imprenta vinieron a mis ojos, y alcé la mano despidiendo al hombre y su libro.

La humildad de los libros en filas, expuestos como esclavitas núbiles a ventas domingueras. Entonces, son como niños abandonados que esperasen la generosa y ávida adopción de una lectura.

Se dice del desterrado que al volver de nuevo a la ciudad pasó su avidez de lectura por la puerta de un librero, y que era tan dolorosa su necesidad de leer que sin ni siquiera llegar a aproximarse a los libros, éstos perdieron su escritura, que fue absorbida por el hambre cultural del hombre. Quedando el libro en hojas blancas, sin palabras, ni letras.

El Emperador Kei del Japón milenario ordena un códice cuyas hojas habrán de ser de espejo: *Tratado de pájaros, nubes y vahos* le llama.

Libros mártires de páginas inocentes, blancas páginas indefensas a las que les hemos dado tal poder que los intrigantes las condenan al fuego de todas las inquisiciones.

Las modernidades (son muchas) han lanzado la gran ofensiva contra el libro. Lo imagino reducidos, como el indio mártir americano, a las reservas, lugares en los que apenas perciben el ajetreo indiferente de las prisas. En sus encuadernaciones son como esplendentes carpas en las peceras de los escaparates.

Incluso la conjura del cine y el vídeo, la obsesionante tesis de modos y sistemas con presunciones más explicativas en el decir, me hacen pensarlos como la rubia e indefensa heroína acorralada del hermoso *Palacio del Cinematógrafo*, de Pablo García Baena.

En su exquisita indefensión vienen sufriendo uno de los mayores acosos por parte de un sistema de aceleraciones consumistas y bárbaras. Un sabio amigo mío, casi un taumaturgo, me asegura haber visto sangrar, tal un hostensorio profanado, la clara indefensión de un libro.

Y es que a la santidad del libro no le es infrecuente el don de lo extraordinario. En mi infancia, en un sábado mañanero de vacaciones, vi a una muchacha caprichosa deshojando a orillas del mar un libro. Al instante, la visión también fue testigo de un portentoso: aquellas hojas mutiladas, a impulso de la brisa, se hicieron, como en las fábulas de los evangelios apócrifos, aves marinas, que a su levedad añadían el poder tremendo de las lágrimas. Nunca jamás la herida poética del dardo o la transfixión del mensaje amoroso pueden hacerlos llorar. Sólo el dolor de un libro, la infamia en la palabra, cambió el orden natural y discreto de las cosas.

Quizá para defenderlos, sus amantes han inventado, no una encuadernación de camuflaje bélico, sino un modelo cómodo y secreto: el libro de bolsillo.

Libros hechos para chaquetas: canguros literarios, catatumbas del pensamiento.

Tal vez, el argumento que voy a darles no sea comunicativo, sin embargo, me satisface (quizá porque sea incapaz de hallar otro): un vídeo, una película, podrán algún día ser cuadro, verdadera plástica; mas nunca lograrán ser aire en el que el pensamiento más sutil se haga comunicación y entendimiento asociado a lo imaginativo.

Tengo la seguridad en la existencia del ángel del libro, y sé —por paradójico y terrible que pueda parecernos— que ese ángel es analfabeto. Es la única manera que concibo de eficacia en la custodia. De otra forma, absorbido por la propia pasión de la escritura, el ángel abandonaría su garita celeste.

Nadie le ha hecho la pregunta al Profeta. Nada se dice de la Faz de Dios (su respuesta es parte de la muerte). Sin embargo, un copista, allá en las oscuridades medievales, responde: el rostro de Dios es libro; y su lectura, una infinita meditación.

Alguien, sorprendido y a la vez ofuscado por el poder de la palabra, se atreve a decir: lo aprendió todo en los libros, y añade malintencionado: supo poco de la vida. Mas yo aquí, socio de la escritura, me pregunto: ¿Y los libros, de dónde

vienen los libros, sino de la reflexión, emoción y conocimiento de los instantes más hondos del vivir? ¿Acaso puede depararnos la realidad algún caballero más cumplido que los héroes de las novelas de caballería? ¿Alguien ha sido más santo que cualquiera de los santos romanos cuyas vidas vuelan entre el milagro y la imaginación? ¿Ha habido algún animal más hermoso que los soñados en los viejos bestiarios moralizantes? ¿Ha existido algún amor más puro y libre de lo cotidiano que el de esas muchachas victorianas cuyas vidas están teñidas del temblor de lo sepia? ¿No fue *El capital* de Marx más capital que el propio Marx con sus inconfesables pecados burgueses?

San Tadeo de Alejandría, llamado también el *Pseudo Aristóteles*, en una visión cromática y abierta se atreve a proclamar contra toda ortodoxia: los ángeles nacen de los libros. Es este mismo excéntrico quien propone un sistema de lectura cósmica: en cuanto conozcamos los signos, —dice— todo nos será descubierto. Y los signos, las letras, los puntos, son esos astros infinitos que arracimados en las noches ocultan su timidez con mínimos destellos luminosos.

Antes que el papiro o el pergamino fueran soporte del libro, la escritura, interiorizada, se sostenía en la propia sorpresa ante lo universal. El libro nace para buscar las fórmulas secretas en las que la Armonía apoya su Virtud. En un sueño de inesperadas perspectivas, pienso al lector antes incluso que la propia escritura.

Imagino en esta visión a un hombre leyendo en las páginas densas y azules de la noche el nacimiento de una estrella. Su lectura está a mitad de camino entre una abocetada curiosidad científica, la observación, y un profundo espíritu religioso y panteísta.

Concibo de igual modo el *Libro de las Aguas*. Su caligrafía está hecha de estelas y de ondas, y a veces la gracia de un insecto al saltar sobre un charco acaba la lectura en puntos suspensivos.

Un niño, allá en la noche de los tiempos, aprende su primera lección, que es el mar, apoyando el oído en la caja sorpresa de una caracola.

Las hojas del *Libro de los Vientos* silban las prisas del aire.

En este primer día, que ni siquiera es historia (pues es la escritura la que crea la conciencia del tiempo histórico), muchos eran los que desde la emoción y la inteligencia esperaban el santo advenimiento de los signos.

El libro es la mejor parte de nuestra soledad.

* * *

En una paráfrasis llena de sorpresas, Bryan Livermoore pretende la creación de un libro como un trabajo de esfuerzos ininterrumpidos y súbitos acabamientos. Se piensa esta obra como el velo de Penélope. Así, con una imagen que es móvil y borgiana, se nos quiere significar la herencia viva de la cultura a través del libro.

El libro es cauce,
y es torre,
y es árbol.

O, quizá, el libro sea siempre otro libro; y de esta misma manera, el progreso y la ciencia, una escritura pendiente de ser.

Nuestra cultura son nuestros libros.

Nuestra conciencia y el tiempo que vivimos están en la escritura, y a veces también es escritura la historia imaginal de un futuro incierto.

Y, ya acabo, con una propuesta que también es una falacia: la crónica del libro de una vida. Un libro en el que alguien escribiera cada instante de su vivir; pero, evidentemente, en este oficio, el tiempo del escritor sería el tiempo de la escritura; de otro modo: el cauce sería también el caudal. Nada sucedería en esas páginas llenas de angustia, de minutos y horas.

Esta propuesta me hace pensar que libro y vida se complementan. Que no se conciben uno sin la otra, que el hombre adquiere su madurez racional en un juego de signos y palabras, que el espíritu crea y vive en la palabra escrita.